

Arte de Pájaros

por PABLO NERUDA, editado por Lord Cochrane S. A.



El Vuelo

Por Pablo Neruda

El alto vuelo sigo
con mis manos:
honor del cielo, el pájaro
atraviesa
la transparencia sin manchar el día
Cruza el oeste palpitando y sube
por cada grada hasta el desnudo azul:
todo el cielo es su torre
y limpia el mundo con su movimiento.
Aunque el ave violenta
busque sangre en la rosa del espacio
aquí está su estructura:
flecha y flor es el pájaro en su vuelo
y en la luz se reúnen
sus alas con el aire y la pureza
¡Oh, plumas destinadas
no al árbol, ni a la hierba, ni al combate
ni a la atroz superficie,
ni al taller sudoroso,
sino a la dirección y a la conquista
de un fruto transparente!
En baile de la altura
con los trajes nevados
de la gaviota, del petrel, cerebro,
como si yo estuviera
perpetuamente entre los invitados:
tomo parte
en la velocidad y en el reposo,
en la pausa y la prisa de la nieve.
Y lo que vuela en mí se manifiesta
en la ecuación errante de sus alas.
¡Oh viento junto al férreo
vuelo del cóndor negro, por la bruma!
Silbante el viento que traspuso el héroe
y su degolladora cimitarra;
tú guardas el contacto

del duro vuelo como una armadura
y en el cielo repites su amenaza
hasta que todo vuelve a ser azul.
Vuelo de la saeta
que es la misión de cada golondrina,
vuelo del ruiseñor con su sonata
y de la cacatúa y su atavío
Vuelan en un cristal los colibríes
conmoviendo esmeraldas encendidas
y la perdiz sacude
el alma verde
de la menta volando en el rocío.
Yo que aprendí a volar con cada vuelo
de profesores puros
en el bosque, en el mar, en las quebradas,
de espaldas en la arena
o en los sueños,
me quedé aquí amarrado
a las raíces,
a la madre magnética, a la tierra,
muriéndome a mi mismo
y volando
sólo dentro de mí,
solo y a oscuras.
Muere la planta y otra vez se entierra:
vuelven los pies del hombre al territorio,
sólo las alas huyen de la muerte.
El mundo es una esfera de cristal,
el hombre anda perdido si no vuela:
no puede comprender la transparencia.
Por eso yo profeso
la claridad que nunca se detuvo
y aprendí de las aves
la sedienta esperanza.
La certidumbre y la verdad del vuelo.

La poesía de Pablo Neruda ha cruzado a través de todos los órdenes cósmicos. Comenzó por ser nostálgicamente romántica en "Crepusculario" y acentuó esa nota en "Veinte poemas de amor y una canción desesperada". Después fue internándose en un mundo subconsciente, rico en profundas asociaciones subterráneas. "Residencia en la tierra", "Tercera residencia" y poemas de la grandeza orquestal y de la resonancia mineral de las "Alturas de Machu Picchu", mostraron la riqueza de imágenes y metáforas con que el poeta era capaz de expresar y animar ese reino anónimo y misterioso de la piedra, de la montaña y del hombre disuelto en su conversión en un prodigioso monumento.

Tras las incursiones a veces discutibles de su poesía política, Pablo Neruda se consagró a la naturaleza. Sus "Odas Elementales", sus "Nuevas Odas" y los poemas que las siguieron y continuaron emergieron con un acento nuevo en la visión del mundo y en la expresión lírica. La poesía salió de sus dominios subterráneos y se embriagó de una extraña y desconcertante luz.

Los seres vegetales, las humildes verduras, las olvidadas yerbas, los alimentos que cada día nos nutren y sustentan, adquirieron una bella y fina virtud poética. Realidades que parecían subalternas, secundariamente inconfesables, pasaron al primer plano lírico. La alcachofa, la cebolla, el caldillo de congrio, dejaron repentinamente de ser cosas inertes o simplemente culinarias. Tomando esa realidad prosaica y penetrando en sus escondidos y extraños laberintos, el poeta nos mostró la gracia y el delicioso encanto que en ellas se escondía. La alcachofa ascendía convirtiéndose en una flor. La cebolla se multiplicaba y difundía en el asombro de unas transparentes capas cristalinas, en las que triunfaban algo del alba y del marfil. Los sabores terrestres, las formas vegetales, el mensaje que ellas envían a los cinco sentidos, deleitando la vista, regocijando el paladar, acariciando el tacto, embriagando el olfato e incluso deslizándose en el oído una música que ensayan la brisa o los rumores de la marmita, proporcionaron los materiales poéticos. El resto lo hizo la transmutación lírica, la transposición de los colores, las formas y los aromas hacia aquella región en que reina el canto.

Ahora el Pablo Neruda que había habitado en las zonas minerales y en los dominios vegetales ha alzado el vuelo. Su nuevo mundo son los pájaros. Toda una fauna aérea chilena sale por estas páginas a tender sus alas y a conmovier musicalmente la atmósfera. El albatros, el águila, el alcátraz, el cernicalo, el cóndor, el chercán, el chincol y el choroy alternan con la diuca, la garza, la golondrina, el jilguero, la loica, el peuco, el pidén, el tiuque, el tordo y el zorral. Estos son los pajarintos, aves que surcan los espacios, viven entre árboles, flores y yerbas o, como el águila y el cóndor, buscan las distantes cimas cordilleranas. Hay también los pajarantes, que cruzan aladamente por el horizonte de la fantasía, y entre los que caben un Pájaro Yo, que es el propio poeta, un Pájaro Ella, Matildina Silvestre, y el Hurante, el Pájaro jeroglífico, el Pájaro corolario y hasta un Tontivuelo.

Cada uno tiene su retrato, ocupa un punto del espacio. Abren las alas, vuelan por la página y dejan un rastro, una imagen fugitiva y a la vez precisa. La diuca, "perfectamente gris y blanca", "perfectamente clara y cuerda", "vuela bien peinada y vestida" y se toca con su manto para ir a misa. El choroy es un "follaje palpitante", y cuando abandona el árbol en que está cobijado, el "árbol se quedó desnudo, llorando en la lluvia de invierno". El picaflo, en cambio, "al sol sacude el tornasol —la suntuaria seda suntuosa— de las dos alas invisibles". El jilguero, "veloz viajaba en el viento —y dejó en la altura un temblor— una flauta de piedra pura —un hilo de agua vertical—, el violín de la primavera". La golondrina llega "bailando en el cielo del mar —como si estuviera en su casa—, y dejando caer del cielo una fragancia prematura —con las noticias que me trajo— en una carta transparente". El pidén se volverá un claro juego de sombras, entre las cuales el pájaro resbala, cruza como una cimitarra, se desliza como un rayo encorvado y, finalmente, sale del mar-torral una sombra: "Silbó la sombra del pidén".

Este nuevo y grácil libro brilla con una delicada transparencia, vive con el rumor de sus pájaros y tiene estremecimientos continuos de alas. Para que la imagen poética se desdoble en imagen plástica, multiplicando con la línea la forma y el color, lo que ha ido sugiriendo y dibujando la palabra, el libro trae bellas y sugerentes ilustraciones de Nemesio Antúnez, Mario Carreño, Héctor Herrera y Mario Toral. Las hay de un dibujo armonioso realizado por un colorido denso y puro, como las de Antúnez. Las de Carreño sorprenden por el cromatismo violento y estallante, apoyado en una fantasía lujuriosa. Las de Herrera sobresalen por el contorno purísimo y severo, realzando la decisión del color. Las de Toral vuelan en un mundo fúlgido y tenebroso, henchido de claridad y al mismo tiempo de misterio.

La obra, editada por la Imprenta Lord Cochrane, es una hazaña de tipografía y de impresión, en que los poemas y sus ilustraciones compiten en belleza, perfección y elegancia. La Sociedad de Amigos del Arte Contemporáneo, que editó el poemario, ha contado en la dirección artística de Mario Toral y en la realización impresora, con colaboradores que hacen del libro un acierto que envidiarán las mejores editoriales de Europa y Estados Unidos.

Fernando Durán V.